

brillen más a medida que transcurren los años. Lo que distingue a esos espíritus superiores es que, no siempre bien comprendidos por sus contemporáneos, encuentran, en el futuro, plena justificación.

Hoy más que nunca sus discípulos, cualesquiera que sean las discrepancias y contradicciones que la vida haya suscitado entre nosotros, sentimos que nos liga un vínculo infrangible; y que su desdén por los intereses transitorios y efímeros y su devoción por aquellas puras, inmóviles y bienaventuradas ideas con que soñó Platón, deberán inspirarnos perpetuamente en la lucha sin fin por el advenimiento de la justicia y la defensa de la libertad.

Y el espíritu del gran maestro, el recuerdo de sus obras y sus lecciones, seguirán alumbrando los senderos de esta patria colombiana, a cuyo culto consagró él las mejores energías de su mente iluminada y los más puros afectos de su generoso corazón.

Cátedra de Patriotismo

Por EDUARDO ZULETA ANGEL,

Colegial de Número del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Expositor insuperable de la doctrina tomista, que es la ciudadela amurallada e inexpugnable dentro de la cual ha resistido incólume el dogma de los más fieros embates; orador sagrado de tan alto vuelo que en no pocas ocasiones se remontó a las alturas desde las cuales el Obispo de Meaux dio testimonio de Cristo predicando las tremendas lecciones de la muerte; escritor de prosa límpida, diáfana, pura, nunca deslustrada por lugares comunes, expresiones vulgares o extravagancias de mal gusto; maestro en quien la sabiduría, la virtud, el consumado don de mando y la majestad innata ejercían sobre sus discípulos una fascinación irresistible y un influjo decisivo; sacerdote ejemplar por la austeridad de su vida, por su sentido teocéntrico de la religión, por su elevado espíritu evangélico y por su nunca desmentido acatamiento a la jerarquía; confesor sapientísimo en quien el penitente encontraba los más vivos destellos de la misericordia divina, y amigo en quien el sentimiento de la amistad revestía los caracteres de la más noble elación espiritual.

Todo eso fue Rafael María Carrasquilla.

Pero ante todo y por sobre todo fue espejo de patriotas.

“Siempre he sabido por experiencia lo que es el amor patrio —dijo al hacer el elogio fúnebre del Arzobispo Paúl—. Después de Dios, nada he querido como este oscuro y pobre ángulo del mundo donde me tocó nacer, donde me arrulló mi madre, donde me enseñaron a amar a Jesucristo, donde me consagré a él haciéndome sacerdote, donde están las cenizas de mi buen padre y han de reposar las mías a la sombra de la cruz del cementerio.”

El amor a la patria, nos enseñaba Carrasquilla permanentemente con la palabra y el ejemplo, es algo más que una virtud: es deber imperioso, deber moral y de moral cristiana. Ni es al amor patrio —agregaba— obligación impuesta sólo por la ley positiva: es de ley natural.

Descendiente de próceres, no había aprendido la Historia de Colombia en los libros ni en las aulas sino sentado en las rodillas de un veterano que fue amigo y compañero de Simón Bolívar en las campañas libertadoras. Llevaba en sus venas la misma sangre que en los corazones de Nariño, de Ortega y de Ricaurte contribuyó a determinar la libertad de un mundo.

Como ellos amó a Colombia tan intensamente que la parábola de su vida puede cifrarse en el endecasílabo famoso:

Patria, de tus entrañas soy pedazo.

De su patriotismo daba testimonio constante no sólo en sus grandes oraciones sino en la cátedra y en las pláticas y diálogos con los estudiantes, que era donde el maestro entregaba con más generosidad los tesoros de su corazón, los reflejos de su inteligencia y lo mejor de sus acendrados sentimientos de cristiano y de patriota.

Su testamento fue la *Oración-Fúnebre del Libertador*, que dejó escrita pero que no alcanzó a pronunciar en San Pedro Alejandrino el día del centenario de la muerte del Padre de la Patria.

“Los elogios más sublimes tributados al Padre de la Patria —dijo en ella— han brotado de labios ungidos con la sangre de Cristo porque el sacerdote, aunque sea pequeño, sabe de grandeza como que vive con Dios en diario e íntimo comercio.”

Con explicable y legítimo orgullo advierte que va a pagar una deuda de la sangre cuando desde el púlpito de la Catedral Primada alude al sepulcro de Nariño, con estas palabras dignas de San Juan Crisóstomo:

“‘Qué misterio tan profundo es la sepultura de un grande hombre.’ Debajo de aquel mármol no hay sino huesos áridos, ennegrecidos por el tiempo. Y, sin embargo, dentro de ese cráneo vacío hirvió un cerebro en que cupo la libertad de un mundo; allí esplendió el fulgor del genio, que no discurre sino ve, que se adelanta al tiempo, que siempre tiene razón en lo futuro. En las desiertas concavidades de ese pecho latió un corazón grande como la libre América, sereno co-

mo las cumbres nevadas del Chimborazo y el Tolima, ardoroso como los volcanes andinos, fecundo como el sol de los trópicos. Ese brazo rígido e inerte blandió la espada vencedora; aquellos huecesillos movieron la pluma digna de Tácito por grave, de Juvenal por cáustica, de César por sobria, de Cicerón por elocuente.”

Según lo ha recordado Monseñor José Eusebio Ricaurte, Carrasquilla pasó su niñez oyéndole contar a su abuelo, el general José María Ortega, las hazañas de su amigo Simón Bolívar y de su tío Antonio Nariño y viendo sobre el pecho de aquél la medalla de oro de los Libertadores de Venezuela con que lo hizo condecorar de su novia, el Libertador, en Valencia.

Formado en ese ambiente, privado por su carácter sacerdotal y por la temprana muerte de su padre de afectos terrenales distintos al de su santa madre, que alcanzó a oír los últimos estampidos de los cañones libertadores y que con su presencia mantuvo encendida en la casa la lámpara votiva de la patria, sin otra ambición que la de servir a Dios y a Colombia, el patriotismo de Carrasquilla no fue ni podía ser vana palabra, sino un arraigado sentimiento que reguló siempre su conducta, que alumbró el camino de su vida y que lo capacitó para encender en los corazones de sus discípulos la llama inextinguible del amor a la república, con que ahora cooperan en la empresa de reconciliación de los partidos políticos, de exterminio de los odios entre colombianos y de creación de un ambiente de convivencia y armonía para mayor honra y gloria de Colombia.

Porque amó a la patria, amó también la libertad, “bien importantísimo entre todos los concedidos por Dios a la criatura racional”, que distingue al hombre de los brutos, los acerca a la dignidad del ángel y lo constituye imagen del Creador. “Tú resuenas deliciosa a los oídos del patriota americano —decía al celebrar el centenario de la independencia— porque le recuerdas el nacimiento de la república, las hazañas de los guerreros de la independencia; porque estamos acostumbrados a leer tu nombre en la bandera tricolor que vuelve a las capitales conducida por el ejército vencedor, agujereada por las balas y ennegrecida por el humo del combate.”

Persona en quien la elación patriótica llegó a tener esos caracteres de grandeza, debía ligarse indisolublemente, con los vínculos infrangibles del espíritu, a este Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y darle lustre y esplendor, porque él se fundó para modelar

cristianos y patriotas, porque en él nació la patria, porque en él se formaron los varones que dieron el grito el 20 de julio de 1810, los que proclamaron la independencia absoluta de Cundinamarca, los héroes de la magna guerra y porque los que ungieron a Colombia con su sangre descendieron al patíbulo por la escalera de este claustro para ascender a la inmortalidad.

“En estos claustros, a tu suave calor, ‘oh fecunda madre nuestra’, alma mater nostra, se engendró la democracia cristiana, nació la república, germinaron las legítimas libertades civiles”, repetía con frecuencia Carrasquilla.

A este Colegio que “ha criado a sus pechos, con la leche de la doctrina católica y de las clásicas enseñanzas a casi todos los varones ilustres con que se ufana nuestra patria”, tenía que vincular Carrasquilla su actividad creadora, su magisterio insuperable, sus altísimos atributos de ejemplar cristiano, de desvelado patriota y de insuperable modelador de juventudes.

Fundado por Fray Cristóbal de Torres para que fuera seminario de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, era en este Colegio donde Rafael María Carrasquilla tenía que venir a divulgar las enseñanzas del más sabio de los santos y del más santo de los sabios y a mostrarnos que el Angélico Doctor llamó a los gobernantes “los encargados del cuidado de la comunidad”, que definió la ley como “ordenación de la razón”, que hizo emanar la designación de los magistrados del querer nacional, que anatematizó la tiranía, santificó el derecho, glorificó la humana razón, apellidándola “Participación de la luz divina en nosotros” y que Santo Tomás destacando la distinción entre individualidad y personalidad y asentando que la persona es lo que hay de más noble y perfecto en toda la naturaleza y que ella, en virtud de su propia dignidad lo mismo que en razón de sus necesidades, tiende a la sociedad, puso de relieve la primacía del bien común, que no es esa cosa simplista de que se habla con tanta frecuencia sino algo mucho más profundo y trascendental como que abarca la suma o integración sociológica de todo cuanto hay de conciencia cívica, de virtudes políticas y de sentido del derecho y de la libertad así como todo cuanto hay de actividad, de prosperidad material y de riqueza del espíritu, de sabiduría hereditaria inconscientemente puesta en obra, de rectitud moral, de justicia, de amistad, de felicidad, de virtud y de heroísmo, en las vidas individuales de los miembros de la

comunidad, en cuanto todo ello sea comunicable y revierta sobre cada cual ayudándole así a cada uno a perfeccionar su vida y su libertad de persona.

Como expositor de la filosofía del Angélico Doctor, Carrasquilla sobresalió por la claridad de su discurso, la precisión conceptual, la maestría con que le restaba aridez a la Ontología, el paso firme y seguro con que entraba en los dominios de la Teodicea y la autoridad con que disertaba sobre la ética.

Era de verlo en el aula de metafísica, paseándose majestuoso y exponiendo con insuperable fluidez y consumada elocuencia abstrusos problemas. Sereno, reposado, con esa tranquilidad que da la certidumbre de que se domina una materia, subyugaba al auditorio con su sabiduría, con su autoridad, con la profunda convicción de que era exacta la doctrina que exponía.

Procedentes de todos los colegios, centenares de estudiantes acudían anualmente, para alcanzar el bachillerato, a su curso de metafísica y ética, que se consideraba, con razón, como el indispensable coronamiento de los estudios de segunda enseñanza.

Nunca una divagación de esas inocuas con que se suele distraer el tiempo en las aulas; nunca una trivialidad, nunca una referencia a cuestiones ajenas al curso. Allí todo era serio, sustancioso, importante. No había palabra perdida ni frase ociosa. La elocuencia radicaba en la preparación del expositor, en la claridad de sus ideas, en la justeza de sus concepciones filosóficas.

Los que asistieron al curso de metafísica de Carrasquilla no podrán olvidar nunca el esplendor de aquellas exposiciones en que, acatando las órdenes de León XIII, explicaba el maestro que “el espíritu de Santo Tomás quiere ante todo que se investiguen los filosóficos problemas sin perder de vista la revelación sobrenatural y divina; no confundiendo, al modo de Escoto Erigena, la fe con la humana ciencia, sino dejando todo su vuelo a la razón, de modo que la teología la ilumine y guíe sin ponerle trabas ni servirle de tropiezo”, y que el método tomista es una maravillosa fusión de análisis y síntesis, de inducción y procedimiento deductivo en que se empieza el estudio de la verdad por lo sensible, lo singular y lo concreto, para ascender a lo inmaterial, universal y abstracto, haciendo, al llegar a la altura, la síntesis de las riquezas que brindó el análisis para volver

a mirar desde la cumbre el panorama que sólo se había ido viendo al pormenor.

“Si de la mente y el espíritu del Angel de las Escuelas —concluía— pasamos al pormenor de sus enseñanzas, os diré con la frente alta que jamás juré seguir las, pero que creo en ellas con todas las fuerzas de la mente; que no las impongo, pero sí las enseño; y que estos jóvenes, en su inmensa mayoría, las profesan no por ser de Santo Tomás, menos porque sus catedráticos las prohíjen, sino por verdaderas y por buenas.”

Pero todavía más que en su curso de metafísica ética, Carrasquilla desparramaba los tesoros de su sabiduría en las pláticas de la capilla y en los diálogos con sus absortos discípulos.

Sabio, conocedor profundo de la vida, discurría sobre todos los aspectos de ésta con tanta penetración, con tan consumada experiencia, con tal claridad en las ideas, que la sencillez con que en esas ocasiones hablaba, lejos de restarles trascendencia a las reflexiones que hacía y a los consejos que daba, conseguía, por el contrario, grabar de modo indeleble en el oyente la lección que brotaba de esa fuente inexhausta de sabiduría.

La ciencia de la vida, la única indispensable tanto para los negocios eternos como para los menesteres temporales, fue la que Carrasquilla poseyó en grado máximo, la que les entregó generosamente a sus discípulos para que, llegado el momento supieran salvar siempre decorosamente las dificultades y tropiezos de la vida profesional, de la social, de la conyugal y la política.

Para impresionar más fuertemente usaba con no poca frecuencia paradojas sutilísimas, a través de las cuales la exactitud del concepto adquiriría un relieve más vigoroso y un tremendo poder de fijación.

Si me fuera lícito hablar de mí mismo, diría que mantengo imborrables en mi memoria esas enseñanzas de Carrasquilla; que las recuerdo como si las hubiera oído ayer; que no pasa un día sin que aproveche alguna de ellas; que en ellas me he inspirado cuando he logrado hacer algo bueno o importante; que les debo las grandes satisfacciones que he tenido en mi vida familiar y en mi vida profesional y que si no he logrado servirle a la república en la medida en que esas enseñanzas me obligaban, no ha sido ciertamente por culpa del Maestro sino porque, como él mismo lo dijo: “Qué misterio tan

profundo es la voluntad humana. Sigue siempre el juicio práctico del entendimiento, pero sabe obligar a la razón a formar dictámenes interesados y erróneos. Libre, sin que nadie, ni Dios mismo, pueda violentarla, se deja, porque así lo quiere, dominar por las pasiones que son esclavas suyas; y amando el bien, practica cuanto es malo y se encenaga en vicios que detesta.”

Como orador sagrado Carrasquilla descolló en tal forma que no es posible releer hoy sus sermones y oraciones fúnebres sin acordarse de Bossuet.

Se preocupa ante todo de que la cátedra sagrada sirva esencialmente para instruir sobre el dogma y la moral.

Según lo ha dicho el mejor de los biógrafos del Obispo de Meaux, un sermón debe ser ante todo un testimonio por Jesucristo, lo que no excluye ni la ciencia ni el arte, pero sí regula y condiciona su empleo.

Así, la elocuencia de Carrasquilla se formó en la consideración exclusiva del servicio de Dios y de las necesidades espirituales del prójimo.

Para realizar esas finalidades, nada de vanos artificios retóricos ni de divagaciones inconducentes. En cambio, una vasta cultura filosófica que eleva todos los temas, claridad perfecta que coloca todas las cuestiones al nivel del auditorio, fuerza apostólica sin desfallecimiento.

Como se ha dicho de las oraciones fúnebres del gran predicador francés, las de Carrasquilla tuvieron de común el que destinadas a la alabanza de hombres ilustres de la Iglesia o del Estado, son sin embargo, ante todo, sermones.

La dificultad de la oración fúnebre radica en conciliar la necesidad de los elogios con los más elementales y esenciales deberes del ministerio eclesiástico.

Bossuet fue el primero entre los oradores sagrados que salvó ese escollo. Lo salvó pensando y haciendo pensar en la muerte, según anota Lanson.

Antes que él en las oraciones fúnebres no se había pensado sino en la vida, a pesar de que toda la doctrina cristiana es una explicación de la muerte, y de que toda la moral cristiana es una consecuencia de ella.

Como para Bossuet, para Carrasquilla la oración fúnebre es ante todo la ocasión para dictar las tremendas enseñanzas de la muerte.

Lo mismo en la oración fúnebre del Arzobispo Arbeláez que en la del Arzobispo Paúl, lo mismo en la magna oración sobre León XIII que en el elogio fúnebre de Benedicto XV, Carrasquilla recuerda que la muerte, mensajera de la justicia a la par que de la misericordia divina, da todos los días a los hombres, pavorosas aunque saludables enseñanzas.

Pero fue sin duda en la oración fúnebre del doctor Rafael Núñez en donde Carrasquilla remontó más alto el vuelo para hablar de la muerte.

“El hombre ilustre cuyo elogio he tratado de bosquejar —dijo ese día— ya terminó su carrera terrenal; su poderoso entendimiento huyó de este mundo, su enérgica voluntad ya no volverá a gobernar, su áureo estilo no tornará a escribir aquellas frases que cambiaban la marcha de un pueblo entero; la palabra duerme en sus labios, el corazón ya no palpita en su pecho. El que dominó por diez años la república está convertido en un puñado de polvo, y encerrado en el breve recinto de un sepulcro. ‘Y habrá quien estime las vanidades de este mundo.’”

“Núñez ya no existe aquí abajo: sobre su tumba irán apagándose los odios y mermando el entusiasmo de los suyos, mientras pronuncian sobre él la posteridad y la historia su inapelable fallo.

“Pero antes ya otro Juez ha conocido de su causa y ha dado la sentencia; el doctor Núñez ha comparecido a su tribunal, llevando por una parte sus servicios a la fe y a la Iglesia; por otra, las faltas que, en mayor o menor grado, pesan sobre todos los hijos de Adán.

“Esas culpas, así lo espero, habrán sido perdonadas por la virtud de los sacramentos que, al morir, recibió humilde de manos de un ministro de Dios. El Juez es justo y misericordioso... ‘Silencio’.”

Antes que el orador, está allí el sacerdote que adoctrina sobre lo fugaz de la vida presente, sobre la vanidad de las humanas grandezas sobre lo efímero de la felicidad terrena.

Porque Carrasquilla fue en todas las circunstancias de la vida un sacerdote ejemplar, que nunca perdió oportunidad de enseñar el dogma y la moral de Cristo con el más elevado espíritu evangélico y que nunca olvidó que su carácter sacerdotal lo obligaba no sólo a la práctica de todas las virtudes sino a un comportamiento en que la

seriedad, la discreción y la prudencia corrieran parejas con la caridad, todo dentro de un moderado y sobrio continente.

En bronce y muy cerca de aquí hemos de ver pronto la efígie del insigne maestro y del patriota excelso.

Reverentemente nos detendremos ante esa estatua quienes recibimos la inapreciable dádiva de sus enseñanzas para renovar y vivificar ante ella nuestra fe de cristianos y nuestros sentimientos de patriotas.

En ella ha de reflejarse la majestad que irradiaba su persona, el equilibrio y la consumada armonía de sus atributos intelectuales, físicos y morales, la gravedad sacerdotal realizada por los destellos de la misericordia y grandeza de alma con que invariablemente ejerció el ministerio de Cristo y el ministerio de la patria.

